

cuadernos hispanoamericanos



DOSSIERS La Universidad Iberoamericana y el siglo XXI — La Nueva España: Perspectivas actuales
MESA REVUELTA Francisco Márquez Villanueva: Lozana — ENTREVISTA Cristina Sánchez-Andrade

Figuras del guiñol

El novelista y ensayista Miguel Sánchez-Ostiz está entre quienes encabezaron hace ya dos decenios esa significativa tendencia de la penúltima literatura española a la confesionalidad. *La negra provincia de Flaubert*, de 1986, inauguró su afición al dietarismo, al que ha añadido una decena de títulos que, con alguna laguna, dan cuenta de los pormenores de su vida y milagros desde entonces con frecuencia que engloba uno o dos años por libro. El último de la serie, *Con las cartas marcadas*, recoge las experiencias de 2013 en el país vasco-navarro de sus dolores, en una estancia en Bolivia y en un viaje a Turquía.

El dietarismo de Sánchez-Ostiz posee personalidad propia. Mientras otros habituales del género apenas tienen nada interesante que contar, porque llevan una exis-

tencia plana y nunca se asoman a la calle, y su vida interior carece de auténtica conflictividad, Sánchez-Ostiz vive un mundo problemático, incluso con riesgos físicos, y su conciencia no conoce sosiego. De hecho, esta literatura del yo surge en su caso como una necesidad expresiva, no como ejercicio de estilo ni expresión narcisista. En realidad complementa y forma un todo con la beligerante cosmografía de su apasionada obra narrativa. Ambas dan respuesta a un único *leitmotiv* vital, el que condensa de pasada con fórmula sentenciosa en un apunte de 2013: “vivir es perder”. El sentimiento de pérdida -o de lacerante derrota- impregna un libro cuyo título dice por sí solo la tramposa imagen de la vida actual que tiene el autor.

Los comportamientos sociales, la

ideología, la política, la memoria histórica y la cultura constituyen los mimbres con que Sánchez-Ostiz manufactura el cesto de la actualidad. En la línea de los escritores que apuestan por una intervención ética sobre la realidad, el autor derrama apuntes con su correspondiente glosa acerca de la presente degradación colectiva, el odio y el cainismo en las relaciones personales, la deriva autoritaria con el consiguiente menosprecio de los valores individuales, la hipocresía individual... Su actitud es de una enardecida denuncia que lleva a los límites del ataque a las propias instituciones y lo colocan en peligrosa proximidad de los antisistema. Nunca ha sido complaciente Sánchez-Ostiz, pero ahora quizás alcanza límites antes preservados. No se trata, sin embargo, de un salto en el vacío sino del lúcido reconocimiento de un fracaso biográfico. No puede ser la misma la fe en la posibilidad de cambiar el mundo de una novela implacable como *Las pirañas*, publicada en 1992, con utópicos cuarenta años, que la de este diario adentrado en la sesentena. Cuando nada de los viejos problemas se ha resuelto y todo parece ir a peor. Cuando la impotencia o la desgana se imponen y podría, dice, escribir un libro titulado "El asco de nunca acabar".

Semejante pesimismo no acalla a Sánchez-Ostiz. Todavía se revuelve contra la obstinación en ignorar las raíces y secuelas de nuestra guerra civil. Y se indigna con el tráfico de grasa humana en Bolivia. Y, en cuestiones más menudas, señala la complacencia del pintor Antonio López con el conservadurismo navarro. Cito estos pocos asuntos para ilustrar la alerta desde la que escribe el autor bajo el criterio de no caer en lo políticamente correcto. Su escritura conecta, a pesar del sentimiento pre-

sente de inutilidad, con autores con quienes se identifica a través de referencias o menciones del diario. Con nuestro amargo exilado Luis Cernuda o con el vitriólico colombiano Fernando Vallejo. Si a estas admirativas menciones se suman los elogios que dedica al gran éxito del año pasado de Rafael Chirbes, *En la orilla*, tenemos la base de la estética de nuestro autor. La cual no se cierra, por otra parte, con ese encendido sociologismo sino que se completa con un rasgo muy destacable, un sentimiento paisajista redentor. Algunas de las mejores páginas del libro están en las descripciones de una naturaleza virginal que se le ofrece al escritor con notas paradisiacas, como la salvación frente a un entorno social y material tan hostil. Ahí, en las montañas de su tierra, y en ciertos placeres gastronómicos también propios de su espacio original, encuentra alivio o escapatoria a las circunstancias.

No sería, de todas maneras, *Con las cartas marcadas* cosa de más fuste que un alegato con deliberados ribetes de libelo si no lo sostuviera esa prosa creativa que marca por igual toda la obra de Sánchez-Ostiz. La vehemencia del pensar y sentir se vuelca en un estilo enfático, proclive a la interrogación y a la exclamación, y con registros léxicos peculiares. Enseguida sabemos por el vocabulario, unas veces de procedencia conversacional y otras resultado de ingeniosas creaciones propias, quién es el autor: viejorrerías, trabucaire, trile, filfa, aprovechategui, pesebrista, lambiscón, hampón, çhalacaneo, jatorra, andoba, manguta, bandarra, lambeculos... Sin duda, obedece a un apego verbalista, pero se trata de algo más sustancial, de la manifestación lingüística del atormentado y agresivo fondo moral de la obra y del escritor.

También contiene este diario de 2013 un pronunciamiento sobre la función del escritor y de la literatura. Con significativa frecuencia insiste Sánchez-Ostiz en este asunto. "Creo que —dice— como escritor o te la juegas y apechugas con las consecuencias o te haces cronista castizo y te apalancas en el casino del alma, dices a todo sí, compartes, ríes las gracias ajenas, te dejas llevar por quienes te hacen ser alguien en el cotarro social". Esta postura lleva implícitos varios interrogantes a los que da cumplida respuesta. Sobre qué escribir: de lo que tengo delante. Con qué actitud: sabiendo "dónde estás, con quién estás, de quién eres, hasta dónde llega tu independencia" y, confiesa, "con miedo, con auténtico canguelo". Con qué registros: "Me aburre lo equilibrado y lo manso". La respuesta global a estas cuestiones remite a una conciencia de la escritura como una actividad necesaria que elude el oportunismo (escribir aunque el asunto no esté de moda

ni "venda nada") y el entretenimiento ("no hay tiempo para juguetes literarios"), y obedece a una exigencia íntima ("un concierto de voces interiores entre la imprecación y la burla, entre el gemido de dolor y la carcajada como cuchillada, entre el alegato fiscal y el despiporre").

Mantiene Miguel Sánchez-Ostiz viva la personalidad de intelectual comprometido en momentos en que tal figura anda en horas muy bajas. Heredero de esa centenaria misión, la cumple a su manera, que es la del observador desencantado de una actualidad donde se oculta una crisis general de valores. Esta situación de decadencia la contempla con la perspectiva de un espectador que mira enfurruñado y sarcástico el gran teatro del mundo. Pero la imagen no recrea una comedia burguesa o una tragedia al modo clásico. Este diario es un guiñol donde se mueven azacanados y maliciosos los títeres contemporáneos.